

Unos poemas de Eliseo Diego y un cuento de Reinaldo Arenas hallados en el estudio del poeta

Josefina de Diego

UN POEMA ESTÁ COMPUESTO DE VERSOS, EN UN ORDEN ESTRICTO, CON SUS silencios, sus espacios; en ese orden y no en otro. Igualmente sucede con los poemas que integran un libro. Al menos así pensaba mi padre, Eliseo Diego: «un poema es una suma de versos que buscan un significado. Un poemario es lo mismo, en otra escala: una suma de poemas que en su orden misterioso persiguen una idea, una poética determinada» (*La Gaceta de Cuba*, julio 1990, p. 16). En ocasiones le preguntaba por qué no incluía algún poema en el libro que estaba terminando. Sin levantar los ojos de su escritorio me respondía, muy serio: «no, no va ahí, no me preguntes por qué».

Así fue acumulando una serie de poemas que no «cabían», por insondables razones poéticas, en sus cuadernos. Algunos fueron publicados en la sección «Poemas al margen» de la antología *La sed de lo perdido* (Ediciones del Equilibrista, México, 1993 y Ediciones Siruela, España, 1993). Otros aparecerán, próximamente, en Cuba y en México, bajo el título de *Poemas al margen*. Un tercer grupo quedó en sus gavetas, esperando encontrar «su hora y momento». De ellos «Rostro de la cocinera» pertenece a la época de *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949) y «Las estampas» a la de *Por los extraños pueblos* (1958).

El pequeño cuaderno que dedicó a mi madre, «cuando éramos novios», por el tipo de letra de la dedicatoria, debe haber sido escrito alrededor de 1945 (fueron novios entre 1941 y 1948, año en que se casaron). En esos poemas, que me pidió guardara «como una curiosidad», se encuentran condensados, apretados, cuidados, los temores, las obsesiones y la sobrecogedora atmósfera que más tarde aparecerían en su *Calzada* y en el resto de su poesía y de su prosa.

Guardó también, más que «como una curiosidad», durante casi treinta años, el primer cuento escrito por Reinaldo Arenas. Era la época en que dirigía el Departamento de Literatura Infantil y Juvenil de la Biblioteca Nacional. Se había hecho una convocatoria para narradores orales de cuentos para niños y Reinaldo, trabajador auxiliar de la Sección de Acopios en la administración de granjas del Instituto Nacional de Reforma Agraria, en vez de escoger uno de los tantos cuentos tradicionales, decidió escribir y narrar uno suyo, «Los zapatos vacíos». Cuando papá preguntó por el autor del relato, Reinaldo confesó, con cierta pena, que era él. El cuento, lleno de faltas de ortografía, era

perfecto. En una especie de conspiración literaria, papá y la Dra. María Teresa Freyre de Andrade, directora de la Biblioteca Nacional, mujer excepcional por más de una razón, decidieron que Reinaldo pasara a trabajar a la Biblioteca. Su principal y única ocupación sería leer. Papá siempre recordaba a Reinaldo como un joven que tenía una verdadera desesperación por aprender. Nunca en su vida, aseguraba, había conocido a nadie que sintiera esa avidez por la lectura. «Necesitaba leer como se necesita tomar agua o comer, con más urgencia. Era como si se le fuera la vida en cada libro. Lo leyó todo».

Gracias a la devoción y respeto de mi padre por la palabra, estos textos sobrevivieron el paso del tiempo y nos ayudan, como era su deseo, «a saber-nos mejor la conmovedora belleza de este mundo».

FEFITA: Me encontré' estos
versos que escribí' para tu mamá'
cuando éramos novios.
No recuerdo la fecha. Si quieres,
guárdalos tú' como una curiosidad.
Son de los primeros que escribí'.

Tápa'

10 de abril de 1990.